



# REMEMBRANZA DE MARÍA EUGENIA DUBOIS

## LA PASIÓN DE UNA INVESTIGADORA Y UNA ETERNA APRENDIZ

---

*Violeta Luz Romo D.*

Postgrado de Lectura y Escritura  
Facultad de Humanidades y Educación  
Universidad de Los Andes  
Venezuela

Al intentar unas líneas sobre María Eugenia surgen en mí varias imágenes que me llevan a pensar en ella como amiga, artista y en especial como lectora, como investigadora y como maestra. La veo pasar fugaz entre estudiantes, pasillos y escalinatas ¿qué llevaba a su delgada figura tan de prisa?, ¿qué buscaba su mente? Al parecer, respuestas a un sinfín de interrogantes sobre la existencia. En Educación, lo que siempre la preocupó fue la Formación del Educador como ser, como lector y formador de otros seres, prueba de ello son las numerosas publicaciones, que versan, en su mayoría, sobre el problema educativo y la formación de maestros; el resto de sus textos se refieren a la lectura y sus interrogantes.

Quizás, el rasgo más sobresaliente en ella sea el interés por comprender, por aprender, por vislumbrar una mejor respuesta frente a los retos planteados por la realidad; nada era definitivo para ella, todo conocimiento o definición podía variar. Era una apasionada investigadora. En el caso particular de la educación, la búsqueda por entender la naturaleza de la Lectura, y del desarrollo del educador como lector, constituyeron su tema central. Como lectora versada, buscaba incansablemente libros referidos a estos campos del saber en todos los lugares caminados por ella. A veces nos presentaba, en las sesiones de análisis y reflexión, autores con enfoques contrarios incluso a su modo de pensar y de los autores que utilizábamos en nuestras investigaciones. Lecturas que compartía no sólo con nosotras –compañeras de trabajo– sino con otros interesados en el tema, leyendo y discutiendo a partir de dichos textos.

Su interés en la investigación lo mostraba, también, con respecto a los trabajos e ideas poco desarrolladas, pero originales, de sus alumnos o compañeros y mostrábase presta a conversar sobre dicho tema a solas; estos encuentros personales podían concertarse tanto en la Facultad como en su hogar, siempre que fuera posible. En estos casos recibía risueña y totalmente dispuesta a escuchar y discutir lo que se le plantease, su entusiasmo crecía cuando el tema era nuevo o era una lectura distinta de un asunto ya trabajado.

A propósito de su afán investigativo y su disposición para escuchar distintas voces sobre un mismo tema, viene a mi memoria su relato del encuentro ficticio con un autor cuyo planteamiento, respecto de la lectura, la impactó y que recuerdo más o menos en estos términos “*Iba viajando en tren con dos amigos, uno de ellos sacó un libro y nos propuso leerlo durante el viaje; a medida que pasaban las hojas y comentábamos, iba sintiendo que mi mundo se deshacía no sólo por las ideas sobre Lectura, sino por mis propias referencias como lectora y como lectora con otros, en especial con mis alumnos. El mundo se abría a mi mente, me exigía reconstruir mi pensar y mi hacer*”. Esta casi confesión me llevó a entender el porqué de sus constantes preguntas sobre la enseñanza, de su afán por indagar sobre la Lectura y los cambios que ésta generaba en los enseñantes.

La recuerdo en las viejas instalaciones de la Facultad de Humanidades, subiéndolo por los pasillos rápida y un tanto ausente. Allí, en un pequeño espacio tenuemente iluminado por su ventana de enredaderas, en estádía casi religio-

sa, llevaba adelante su labor. Para llegar allí, era necesario transitar un pequeño pero oscuro e indefinido pasillo, al entrar veíase su pequeña figura tras el escritorio, su cabeza gris inclinábase descansando sobre una de sus manos, escribía entre libros. Al entornarse la puerta su agradable mirada me recibía e invitada a sentarme frente a ella, esperaba curiosa la pregunta o comentario, sobre todo cuando éste último iba acompañado de un texto o de algunas notas; escuchaba o leía interesada y en su afán por entender mejor lo recién planteado, hacía alguna pregunta antes de opinar. Esta disposición la tenía para con todos sus alumnos y personas interesadas en el tema de la Educación.

Cuando, como alumna, asistía a los seminarios de los viernes, dirigidos por ella, las opiniones alejadas de su propia comprensión eran aceptadas como válidas e interesantes de discutir; en esos momentos pedía a dicho participante explicara qué del texto le había llevado a esa interpretación, lo que hacía al grupo releer en forma espontánea y participar más activamente, esto mismo hacía más interesante la experiencia y atenuaba las asperezas interpersonales. En estas situaciones siempre generó la participación incorporando al autor, dándole vida con sus intervenciones, algo poco usual en reuniones en las que ella estaba ausente. Este clima hacía que las ideas emitidas fueran vistas como parte del conocimiento mismo, no eran propiedad de las personas. Entendíamos que quienes disintieran de algunos planteamientos no eran causantes de situaciones disruptivas y que el conocimiento nunca estaba acabado, era provisional y transitorio. En este ambiente, el avance en la reflexión primaba sobre cualquier otro interés; sin que con esto, al final de la reunión, se interesara por algún asunto que estuviera afectando a una de las compañeras, o incluso trivialidades que surgieran espontáneamente.

Recuerdo las visitas a su casa para compartir sobre alguna idea o algún pesar. Tenía desde mi llegada una mirada expectante, esto, a pesar de su cálido saludo y de su invitación a entrar en su mundo de arcillas colgantes y sonoras y de helechos luminosos de verde. Iba a su cocina a calentar agua para un té, que siempre servía con galletitas frescas y luego de servirlo miraba como preguntando el porqué de estar allí. Esta visita era una experiencia excitante de reflexión y de intercambio acerca de un tema que pudiera interesarme o preocuparme. Aunque prefería que llevase las ideas por escrito (borradores), se interesaba igualmente por la versión oral del problema, escuchaba con

gran interés los esbozos, imaginando, de ya, los mundos posibles a enfrentar o descubrir. Estaba atenta, sin interrumpir, durante la espontánea exposición de la idea o de las dudas surgidas por una lectura nueva o una vivencia en la escuela y quedábase pensando por algunos momentos, e inquiría luego algunos detalles; se interesaba, así mismo, por saber hasta dónde lo expuesto podría transformarse en tema de estudio. Luego de esto opinaba y me pedía llevara esas ideas a la escritura para poderlas leer o releer en conjunto.

Su pasión por comprender (investigar) aquel trozo de la realidad, allí presentado, se traslucía en su clara mirada dejando ver emoción al descubrir una arista nueva en la temática estudiada, una cuestión más que responder. Su presencia transformaba el asunto en todo un desafío para mí, me exigía, sin ella decirlo, seguir trabajando la idea con más ahínco y ella, seguramente, le dedicaría algún tiempo a la reflexión en soledad. Se documentaba por interés propio y en la primera ocasión que se suscitaba me hacía un comentario sucinto o me planteaba algunas dudas, éstas por lo general relacionadas con hallazgos de otros autores escudriñados por ella recientemente.

Mi vuelta a casa terminada la discusión era estimulante. Surgíanme en el camino nuevas preguntas, fuertes inquietudes, deseos fervorosos de leer o de releer documentos, de escribir lo que mi mente iba preguntándose y de crear alguna forma de probar lo dicho. La conversación con ella siempre era iluminadora, aunque muchas veces, significara repensar, corregir, inventar otras respuestas a lo ya planteado. En estas ocasiones me sentía respaldada en la idea de que la investigación llevaba en sí, en gran medida, la invención espontánea y la intuición; su presencia y entusiasmo exigían, sin ella decirlo, dedicarse de lleno a trabajar el tema y hacer aquellas ideas cada vez más



congruentes con lo postulado por los teóricos, aunque el problema hubiese sido enfocado desde un punto de vista diferente, pedía que cada versión fuera más congruente con lo que se buscaba. Me exigía por lo tanto documentarme y reflexionar cuidadosamente sobre mis propias afirmaciones. No sólo era exigente en los aspectos teóricos, sino también, con la forma de presentar el escrito; el correcto manejo del lenguaje y de las normas para realizar un trabajo eran cuestiones, para ella, de gran peso. Los resultados no podían ser simples inferencias por muy originales que parecieran al discutir-las, sino que deberían fundamentarse en constantes y diversas lecturas. Estas sesiones, inolvidables para mí, han sido fuentes de inspiración y de reflexión en mi tarea, como educadora y escritora.

Como alumna suya aprendí que es dable inventar y expresar en acciones nuestras ideas; que en Educación es valioso entregar nuestra voluntad al servicio del estudio. Así mismo, aprendí que las nuevas ideas e incluso algunas viejas, muchas veces, no son aceptadas porque no se entienden o porque van en contra de posiciones normatizadas y que para defenderlas es necesario formularlas transparentemente y fundamentarlas rigurosamente, tanto cuando se expresan a través de la palabra oral como de la palabra escrita, y que ésta última requiere de creadoras, cuidadosas y numerosas revisiones y cambios.

Su persona sigue estando en las aulas, en los pasillos de la Facultad y en toda reunión, recordándome que todos damos distintas miradas al mundo y a la Educación a pesar del esfuerzo de cada uno por tener una idea objetiva de ellas. María Eugenia fue y es en mi mente la apasionada lectora, investigadora, maestra y una verdadera amiga.

Mérida, julio 2010